

SOBRE LOS COMIENZOS DE LA PINTURA EN CHILE Y EN ESPECIAL DE VALPARAISO

Roberto Zegers

Los críticos chilenos no se detuvieron frente al problema filosófico que representaba para un país joven el extraordinario auge que tomó la pintura chilena a contar desde los días de nuestra Independencia.

La poca crítica que existe gira siempre en torno a la individualidad de los pintores, a sus características humanas, y más que nada a los objetivos pictóricos que ellos desarrollaron.

Indudablemente el historiador chileno que mayor amor demostró por el arte de la pintura fue Benjamín Vicuña Mackenna, y no paró en esto, sino que fue gran organizador de las primeras exposiciones públicas que se hicieron en Chile.

Don Benjamín aparece en sus críticas un tanto ingenuo; su visión pictórica tendía más que nada a un aspecto patriótico y social, y no da la impresión de ser un verdadero entendido.

Pérez Rosales cuenta una anécdota muy notable del pintor Monvoisin; dice que, en una oportunidad, no tenían pintores para hacer los carteles en que se anunciaban las obras en el Teatro Municipal; entonces Pérez Rosales pintó un árbol, improvisando, con la desgracia de que llegara el maestro bordalés, y al mirarlo dijera: —“Esto no es un árbol, es una ensalada”— “La imitación es el talento del indio”, decía Monvoisin.

El auge pictórico chileno giró en torno a la venida a Chile de grandes pintores de diversas nacionalidades, muchos de los cuales permanecieron en nuestra patria y la amaron como a la propia. Podríamos citar a Monvoisin, Rugendas, Charton de Treville, como algunos de los muchísimos que estuvieron en Chile.

El gran propulsor de estas venidas, ya sea en forma individual o en forma de expediciones científicas, fue el sabio y notabilísimo artista alemán Barón de Humboldt, a quien creo que no únicamente Chile, sino la América y el mundo le deben un gran agradecimiento, no sólo por su genio, sino por ese don que tan pocos poseen, de abrir iniciativas y de despertar la creación, que es la base del progreso y del bienestar de los pueblos.

Otros críticos de aquella época, repito, muy pocos, fueron don Joaquín Larraín Irrarázabal, don Vicente Grez y don Pedro Lira. Se produjo en aquel tiempo una notable polémica, con un fondo estético, entre don Onofre Jarpa, mucho mayor que su joven contrincante: Juan Francisco González. Allí ambos desarrollaron sus teorías sobre los conceptos fundamentales de la pintura y el arte, en qué consistía la belleza, y también salió el tema que ya inquietaba a los jóvenes pintores de aquella época —nos estamos refiriendo a 1890 más o menos—, a saber, la nueva escuela impresionista, que aunque mirada en menos, atraía las miradas de los artistas. Se podría decir, en síntesis, que de todos estos críticos inteligentes, preparados, los más profundos en sus concepciones fueron Onofre Jarpa y Juan Francisco González.

Don Pedro Lira, en sus cartas enviadas desde Europa, revela ligereza y cierta superficialidad; en el fondo da la impresión de un desconcertado. Esto era lógico si se considera la edad del gran pintor chileno y los momentos tan culminantes de la pintura, que vivía en aquellos años una verdadera revolución que tenía su centro en París.

Lo curioso es que don Pedro Lira no se preocupó de los impresionistas, fueron otros los pintores que lo interesaron; desde luego los pintores de la escuela de Barbisón. Pero en una de sus cartas afirma rotundamente que no hay duda alguna de que el pintor que en ese momento, cerca de 1890, tenía una mayor influencia en el medio artístico europeo, era el gran maestro catalán Mariano Fortuny, hecho efectivo por lo demás.

El mismo Juan Francisco González despreció a los impresionistas, aunque reconociéndoles que habían matado una escuela y una moda, el clasicismo y el parti-pris; pero él negaba rotundamente la influencia que dichos pintores pudieran haber ejercido sobre él, en lo cual indudablemente se equivocaba.

Si pasamos rápidamente por el siglo XX, nos encontraremos casi con un fenómeno parecido: muy pocos críticos de pintura, todos ellos orientados a la cosa anecdótica, a la investigación pictórica que ya comenzaba, lo que permite asegurar que ellos buscaron hacer una historia de la pintura chilena, pero más bien que una historia, un ordenamiento de este nuevo arte

que tanto había proliferado y que incluso había llamado ya la atención en el extranjero. Mientras tanto, las Bellas Artes en Chile progresaban; muy buenos profesores de pintura habían creado una generación de alumnos que llegaron a ser artistas brillantes; uno de ellos, del cual ya hemos hablado, Juan Francisco González, es considerado en la actualidad, con Figari, como las figuras más creativas que ha contado Sudamérica. (Enciclopedia de Arte Americano 1971, Buenos Aires; Editorial Bibliográfica Omeba; Leopoldo Castedo en su Historia del Arte y de la Arquitectura Latinoamericana, Ed. Pomaire).

Dos historiadores se preocuparon muy en especial de la pintura en Chile: uno de ellos, Manuel Alvarez Urquieta, que en distintos artículos, publicados casi todos ellos en el Boletín de la Academia de la Historia, hace una extraordinaria relación de los grandes pintores y movimientos pictóricos en Chile, él, además de pintor, era un gran coleccionista. El otro es Eugenio Pereira Salas, quien, con un sentido artístico muy desarrollado, se ha preocupado en especial de aquellos pintores ignorados, olvidados, la mayoría extranjeros, que pasaron por Chile y dejaron hondas huellas en el país. Pero no se llegaba a definir, a mirar en toda su amplitud este arte de la pintura, que se había ido desarrollando en pocos años y en el cual habían participado pintores de las más diversas nacionalidades.

La historia de los pintores viajeros es sumamente interesante: llegaron grandes talentos; nos bastaría con citar a uno: Whistler, en el siglo pasado, y en este siglo, a Fernando Alvarez Sotomayor y a Boris Grigoriev, español y ruso blanco, respectivamente, que miraron en forma totalmente diferente el país que los acogía con tanto entusiasmo. A fines de este siglo un pintor inglés, John Duguid, quien viviera en Valparaíso en la guerra mundial última, del 39 al 45, dio pruebas de un gran genio pictórico, probablemente influido por aquellos terribles momentos que lo debieron afectar de manera muy profunda.

Comenzaron a formarse escuelas de pintura en Chile. A mi juicio la escuela verdadera que ha existido es la llamada "generación trágica", del año 1913, o "Heroica capitanía de pintores", como de ella dijera el gran Neruda. Y afirmo esto, por que todos estos jóvenes, que tuvieron una suerte parecida, llena de desgracias, fueron dirigidos por dos grandes valores, uno Juan Francisco González, el gran maestro chileno; el otro, Fernando Alvarez de Sotomayor, que fue el gran maestro español. De ahí que la pintura de ellos tuviera una unidad; y como por otra parte los acontecimientos sociales y políticos se desarrollaban en Chile muy rápidamente, fue precursora esta generación en el aspecto histórico, de aquel gran vuelco social que tuvo Chile en el año 1920, con la venida al poder de Arturo Alessandri Palma.

Me contaba un día Pedro Luna, que tenía su taller junto con Arturo Gordon (los maestros más interesantes de aquella generación), que él a veces pintaba un cuadro y entonces iba a tomar el té con su amigo Gordon, y al llegar al taller de éste, lo encontraba pintando el mismo motivo que Luna ya había comenzado.

Había pues, y se observa en la pintura de esta generación, una especie de transmisión de pensamiento, de un ideal común colectivo, de técnicas similares; pero, cosa curiosa, al igual que los impresionistas franceses, ellos son distintos: cada uno conserva su personalidad y eso es lo que hace grande a esta generación, a mi juicio la más importante que ha habido en Chile.

No se había hablado todavía de cuál era el fondo, el problema axiológico de todos estos artistas. La estética en aquellos años era despreciada, y el pintor se hacía pintando y, más que eso, se hacía viviendo, sufriendo, luchando en la vida. En un estudio muy original de Antonio Romera, que él tituló "Asedio a la Pintura Chilena", este autor afrontó el tema y llegó a varias conclusiones muy interesantes:

- 1) En la Pintura Chilena predomina el paisaje.
- 2) La Pintura Chilena está influenciada por la Pintura Francesa.
- 3) Color excelente.

Yo me permití hacer una crítica de este libro, reconociendo su valor, pero discrepando con Romera en algunos de sus juicios. Fundamentalmente estoy de acuerdo en que es el paisaje y el color lo que ha atraído más a los pintores chilenos, y ello, creo, tiene su explicación en aquella afortunada definición que diera Benjamín Subercaseaux cuando habló de "nuestra loca geografía".

Chile es un país hermosísimo, y mayor es todavía su interés desde el punto de vista artístico. El que desea expresar su impresión o dar a conocer su subconsciente, se ve enfrentado a las más variadas muestras de color y de ambiente. El sur nada tiene que ver con el norte y el centro del país, tiene mezclas del uno y el otro extremo, pero mezclas variadas, rincones extraordinarios que no se parecen en nada, lugares que recuerdan sitios de fantasía; y, como enfrentando todo este extraño y gran cuadro, el anfiteatro de Valparaíso, que es de la más rica plasticidad, auténtico, ciudad poderosa, destruida muchas veces y vuelta a nacer como por encanto. Hacia ella han acudido los pintores por un extraño embrujo, y no solamente los chilenos sino que los extranjeros.

En el Winipeg, el famoso barco que trajera desde Europa a una gran cantidad de refugiados españoles, después de la terrible guerra civil que azotara a nuestra madre patria, venía, entre otros muchos distinguidos, Antonio Romera.

Romera había sido caricaturista y profesor.

Al llegar, se preocupó muy en especial de la pintura, y conoció el proyecto de hacer una Historia de la Pintura Chilena.

El libro salió publicado en 1953. Era de alabar esta iniciativa tan personal y valiosa, aun cuando la obra, como es natural, se resentía por la falta de investigación, que se hacía difícil en aquellos momentos para un extranjero, y por ser la primera Historia de la Pintura Chilena que se haya escrito.

Romera continuó infatigablemente su labor y es así como publicó varias biografías de pintores, la más destacable a mi entender, la del pintor Luis Herrera Guevara.

Hasta ese momento en Chile los pintores habían sido despreciados. Romera en una forma muy hábil colocó al extraordinario pintor chileno en el lugar que le correspondía; otro tanto hizo con Camilo Mori, con Carlos Hermosilla y otros.

De pronto, Romera publicó el pequeño ensayo, pequeño por lo corto, que tituló "Asedio a la Pintura Chilena", ya mencionado.

Otros dos críticos se han destacado: el doctor Goldsmith y Víctor Carvacho. Este último ha realizado una notable labor de promoción de grandes valores olvidados y despreciados, hecho que, por desgracia, se repite en nuestro ambiente.

Es difícil la labor del crítico pictórico. Este debe tender a lo pedagógico en un país en que se ama, pero se desconoce, la pintura.

Creo que para dar una opinión bien cimentada, justa y al mismo tiempo psicológicamente interesante de un artista, debe considerarse su vida entera, incluso a veces las obras primeras que ya nos revelan lo que será aquel hombre que se está enfrentando a lo desconocido.

En Europa esto se ha impuesto, y se buscan, no solamente por los coleccionistas, sino por los grandes museos, las primeras obras, bocetos, obras malas incluso, de los pintores; todo ello permite formarse un juicio cabal

de la vida del artista, puesto que el arte en el fondo no es otra cosa que el reflejo de ella.

Habría que agregar por último dos aspectos que se dan con frecuencia en la pintura chilena:

- 1) Es el pintor olvidado, personalísimo, el pintor aparentemente fracasado, el pintor que deja de pintar por falta de estímulo, y que al mismo tiempo produce obras extraordinarias. El caso típico es el de Jim Mendoza, uno de los más geniales pintores chilenos. Otro ejemplo es Pedro Celedón.
- 2) Un aspecto interesante de nuestra pintura es la fecundidad de nuestros pintores, hecho que se contrapone a lo anterior; en pocos países se da el caso de que hayan tantos pintores con tanta obra. Se cita como ejemplo a Juan Francisco González, quien, interrogado una vez por Manuel Eduardo Hübner, respondió:

“Pintaba todos los días. Se podrían empapelar calles enteras con mis cuadros. Hay que volverse loco pintando”. Es así como se calcula la obra de Juan Francisco González entre 2.000 y 3.000 cuadros, suma extraordinaria en cualquier país del mundo. Pedro Luna fue otro pintor de gran fecundidad, no solamente pintó al óleo una gran cantidad de telas, que a mi juicio deben llegar a 1.500, sino que dibujó permanentemente, durante toda su vida.

Estos dibujos él los tenía guardados y eran su tesoro máspreciado. Tenía razón; no creo que haya en Chile otro dibujante superior a Pedro Luna, por su extraordinaria y genial originalidad. El, en el fondo, dibujaba para pintar. Una vez muerto Luna, se organizó en la casa Bohemia, en Viña del Mar, una exposición póstuma y retrospectiva de sus dibujos, que causó sensación en aquel tiempo. “Mundo”, el famoso caricaturista chileno, que también lo fue y es en el extranjero, me dijo, “esto es genial; en Europa este hombre habría ocupado las primeras situaciones”. Algo parecido le había dicho su amigo el príncipe Orsini, quien en un viaje que hiciera a Chile, especialmente a verlo, recién casado, le manifestó: “Pedro, aquí no te van a apreciar, vete de nuevo a Italia”.

Sería también otra característica, no ya de nuestra pintura sino del ambiente artístico del país, cierta envidia, cierto desprecio por el artista, y muy en especial, por el pintor; lo que nace, en el fondo, de la ignorancia. Este fenómeno, creo, se ha ido superando en las nuevas generaciones y ahora vemos con gran agrado que los museos, las exposiciones y todo lo que se refiere a la pintura, despierta entre los jóvenes un gran interés.

EXISTE UNA PINTURA DE CIUDADES

No hay duda de que ciertos sitios han producido mayor número de pintores que otros; así por ejemplo, tenemos la pintura veneciana, la pintura florentina, la pintura de Roma, la pintura de París, la pintura andaluza, la pintura cuzqueña y quiteña, la mejicana y muy en especial, la pintura flamenca.

Un gran historiador, Hipólito Taine, fundamenta sus teorías en que el artista obra impulsado por el medio ambiente: ambos, artista y ambiente, se relacionan.

Pío Baroja, con su poder de observación, habló en más de una oportunidad sobre este apasionante tema, y aun cuando él decía que no era pintor, a mi juicio, era tan pintor o más que su hermano, y aún creo que debe haber pintado. Con ese carácter personal que poseía, dice a veces cosas que no se compadecen con la realidad del pintor, pero cuando opina sobre la influencia del lugar geográfico en el pintor tiene aciertos profundos y caídas. Aciertos, cuando dice que los países grises han producido mayor número de pintores que los países cálidos. Cita como ejemplo el de los flamencos; sin embargo ello no rige respecto a la escuela cuzqueña y a la quiteña. Volvió Baroja a insistir en este tema, y en una obra muy notable, titulada "Historias lejanas", escrita cerca de 1939, al referirse en forma muy emocionada y muy bella a Madrid, hace consideración de tipo personal, y así dice: "Ese paisaje duro y un poco seco, de una gran nobleza, me parecía inspirador y me llegaba al alma. Muchas veces he pensado si la altura y el paisaje de Madrid habrán contribuido a la genialidad de hombres como Cervantes, Calderón, Velázquez y Goya.

"No era solamente a mí a quien me producía esta impresión. Una vez me acompañó en el paseo un amigo mío suizo, Paul Schmitz:

—¿No vienen por aquí los escritos madrileños?, me preguntó.

—No. ¿Por qué?

—Porque este paisaje parece una invitación a escribir algo genial". ("Historias Lejanas", Pío Baroja, p.p. 198).

En Chile, y esta es otra de las características fundamentales de nuestra pintura, existe el hecho ya enunciado e inusitado, "Valparaíso atrae a los pintores". ¿Por qué?: hubo una explicación en épocas lejanas, que a su debido tiempo referimos; pero es algo más que curioso que acudan los pintores de todo el país a esta ciudad mágica, que pinten en ella sus me-

jores obras, que permanecen muchas veces viviendo en ella, y que todos estén de acuerdo en que no hay un sitio más adecuado, más propicio, en que el artista se sienta más a sus anchas, con más felicidad, que pintando en Valparaíso.

Creo en esta influencia telúrica, en esta especie de espíritu que tienen ciertas ciudades, y lo que sí es real, y lo pudo decir con mi experiencia de pintor, es el magnífico colorido que posee esta ciudad, debido probablemente a una luz irradiante que viene, ya sea de la cordillera, que por fenómeno óptico muy extraño se ve muy cerca de Valparaíso en los días claros, que son numerosos; o porque la luz extraña, polifacética, que viene del norte, cambia los colores del mar y produce los fenómenos más extraños para la vista de un pintor. Nadie conocía los mares blancos de Juan Francisco. De pronto la gente comenzó a ver el mar blanco; Juan Francisco no había pintado una ilusión, nadie había visto un Valparaíso perdido en el atardecer, en medio de la bruma, y emergiendo la luz a través de ella. Así lo vio Luna, y hoy la gente lo está contemplando como lo vio el pintor. El mar se une a un roquerío de un colorido extraño y de lo más variado; las rocas, además, siempre tienen formas que recuerdan ya sea a monstruos que emergen de las olas, o a seres humanos, o animales de una belleza siempre deslumbrante; aquí no se camina por un lugar vulgar. De allí que un buen pintor se conozca cuando pinta bien el roquerío y el mar de Valparaíso. Si a ello unimos ese fantástico anfiteatro de casas, que cuelgan del espacio, de caminos tortuosos, de escaleras que parecen llevarnos al cielo, de ascensores que suben y bajan cansadamente, transportando a los habitantes de aquellas regiones aladas, podemos decir que éste es taller sin igual para un pintor.

Lo curioso es que este lugar tan pródigo que la naturaleza proporcionó al artista chileno no es una ciudad de gente con gran cultura. El porteño es comerciante, es un hombre de paso, es superficial; pero ha producido en el transcurso de su historia los más extraordinarios casos, en cuanto a actividad creadora, que tiene memoria el país, aunque no es éste el momento de hacer esa maravillosa historia.

LA PINTURA EN VALPARAISO

Este estudio sintético lo dividiremos en tres partes:

- 1) La pintura en Valparaíso hasta 1820.
- 2) La pintura del siglo XIX.
- 3) La pintura en el siglo XX.

He tratado este tema, in extenso, en un libro que me encargara la "Editorial Andrés Bello", que está por publicarse, y cuyo contrato de edición se firmó el 19 de noviembre de 1973. Un tema tan interesante permite mirarlo desde diferentes perspectivas, que se apoyen y beneficien mutuamente.

He llegado a una conclusión. Puede que ella nazca de mi amor por Valparaíso, pero también hay poderosas razones, que serán juzgadas con imparcialidad, para decir, con mucho fundamento, que la pintura en Valparaíso es la más importante de las pinturas en Chile. No sólo incluyo en la pintura de Valparaíso a los pintores que nacieron en la ciudad, sino a los pintores que vivieron en ella, a los que pasaron por ella, incluso a pintores fantasmas que se sabe que la pintaron, que dejaron algunas obras, pero que se ignora quiénes son o de cuadros fantasmas que tienen parecidas características. Se une todo esto al inmenso número de pintores viajeros que pasaron por Valparaíso, de más de diez nacionalidades diferentes, entre los cuales sobresalen tres genios de la pintura universal, como Whistler, Guevara y Duguid. Se une además el hecho de que en Valparaíso nacieron los pintores más geniales de Chile.

1. La Pintura en Valparaíso hasta 1820.

Valparaíso fue descubierto en 1536, por Juan de Saavedra, quien había sido enviado por Almagro. La verdad es que el hecho no está muy claro. Vino también un buque fantasma, el nombre del capitán de dicho buque no se conoce, ni se sabe con seguridad quién fue el primero que descubrió aquella modesta caleta de pescadores, que entonces se llamaba Aliamapa, Alinmapu o Aliamapu, lo que significa "país quemado", y que se extendía desde Con-Con hasta la actual Punta de Angeles.

Los primeros pintores de Valparaíso, y debemos llamarlos así, fueron dibujantes; el primer chileno del cual se conocen dibujos de aquel modesto caserío es el famoso padre Alonso de Ovalle, quien, después de expulsado de Chile, como jesuita, grabó estos dibujos en Roma. Posteriormente, los diversos países europeos, e incluso los rusos enviaron expediciones, llamadas científicas, que llegaron todas hasta el puerto de Valparaíso. Ellos siempre traían uno o más dibujantes y topógrafos, que fueron dejando a través de numerosas obras el recuerdo que les produjo la ciudad. Estos dibujos fueron, la mayor parte, grabados después, en el extranjero. Solamente el año 1814 llegó por casualidad a Valparaíso un pintor inglés, F. W. L. Ross, quien se encontró con el inusitado espectáculo de un combate naval que se estaba desarrollando en el puerto mismo, dentro de las aguas territoriales, frente a la quebrada de la Cabritería. Este pintor es el primero que dejó una muestra del Valparaíso de aquel tiempo, en colores,

y que se conserva en la sala Medina de la Biblioteca Nacional. Tuvo el talento y la decisión de pintar no sólo el combate de la "Cherub", la "Foebé" y la "Essex", sino también la ciudad misma y otros cuadros, como el camino que venía por las Zorras y desde el cual se dominaba la ciudad en aquel tiempo.

Estos importantísimos cuadros a la acuarela, de valor artístico e iconográfico, algunos en mal estado, se encuentran en una carpeta, como decíamos, en la sala Medina de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile.

En el año 1819 llegó a Chile, en el buque "La Macedonia", que traía también una comisión de científicos, el gran pintor Charles Wood. Al ver sus obras tanto San Martín como O'Higgins quisieron a toda costa que se quedara en Chile. Ambos próceres eran, a su vez, pintores. En Lima hay varias obras de O'Higgins, bastante buenas para un aficionado, y se cuenta que San Martín distraía sus horas de destierro en Boulogne sur Mer, pintando.

En síntesis podemos decir que los más importantes pintores de aquel tiempo —y no hacemos diferencia entre dibujantes o pintores— fueron el padre Alonso de Ovalle, Frezier, y Feuilleé. Hubo muchos otros, pero ninguno tiene las proyecciones que estos alcanzaron.

Ross y Wood fueron, a su vez, los precursores en el siglo XIX.

Entre las expediciones científicas, la más interesante fue la de un gran navegante italiano, Alejandro Malaspina, contratado por los españoles, quien viniera a América en dos barcos, la "Descubierta" y la "Atrevida". Se disgustó con el gobierno español y lo eliminaron de su cargo, e incluso fue olvidado por los historiadores españoles, aunque con los años han reconocido su inmensa labor. Con Malaspina vinieron distinguidos dibujantes y pintores, entre los que podemos citar a Ravenet, a Bauzá y otros, quienes realizaron una labor admirable, no solamente en Valparaíso, donde llegaron por tierra, sino también en Buenos Aires, a donde se fueron posteriormente, no sin antes haber hecho un plano topográfico de la ciudad, y de haberse adelantado en importantes investigaciones científicas.

2. La Pintura del siglo XIX en Valparaíso.

No hay duda de que durante este siglo, la pintura en la ciudad alcanzó un prestigio inigualado. Ya hemos mencionado a Ross y a Wood, este último contratado por el gobierno de Chile, que hizo toda la campaña de la expedición libertadora del Perú, y que vivió hasta 1852 en Valparaíso. Partió a Inglaterra en la fragata "Montesquieu", después de haber estado 36 años en Chile.

Otros pintores importantes, todos amigos, fueron John Searle y los dos hermanos Ward.

Searle, que era pariente de Wood, sufrió su influencia; de allí que haya cuadros, que no están firmados, y que es difícil atribuir al uno o al otro. Pero, indudablemente, los dos pintores que pasaron por Valparaíso y permanecieron en la ciudad, dejando una obra extraordinaria, fueron Mauricio Rugendas y Raymundo Monvoisin; otro que tiene también caracteres extraordinarios es Ernesto Charton de Treville, todos estos, entre los más antiguos y extranjeros. Entre los chilenos debemos citar a Manuel Antonio Caro, el primer costumbrista chileno, que hizo estudios en París y que se reveló en la exposición del año 1872. Benjamín Vicuña decía: "los cuadros de Caro son lo más chileno, lo más nacional, lo más lacho y lo más roto que se ha pintado encima de la costra terráquea que pisamos".

El pintor Augusto Monvoisin tuvo predilección especial por Valparaíso y por toda su zona, tanto es así que instaló su taller en esta ciudad, y además se compró el fundo de los Molles, en cuyo lugar todavía existen cuatro frescos pintados por el distinguido artista francés, que se conservan, aunque en mal estado.

Rugendas y Monvoisin fueron el centro hacia el cual giraron no solamente las inquietudes de los pintores, sino la inquietud de todo el ambiente cultural chileno; ellos mostraron una realidad diferente, crearon un paisaje que la gente no conocía, mostraron la belleza de nuestro ambiente, tanto en la figura como en el paisaje; de ahí que la obra de estos pintores sea la base sólida desde la cual parte la pintura no solamente de Valparaíso, sino de Chile entero.

Pero debemos sintetizar. Entre los pintores extranjeros no hay duda de que el más importante que pasó por nuestra ciudad fue el pintor norteamericano Whistler, quien vino en 1866 a ayudar a Chile, cuando España se apoderó primero de las islas "Chinchas" y después Chile le declaró la guerra a ese país. Vino la famosa toma de la "Covadonga", por don Juan William Rebolledo y el bloqueo de Valparaíso y su posterior bombardeo.

Whistler estuvo un mes en Valparaíso y cuenta en sus memorias el hecho, que conservó siempre como algo curioso, extraño. En efecto, el pintor no perdió su tiempo en esta ciudad y pintó uno de los cuadros más notables del impresionismo, que pudiera dar constancia de la idea de que el verdadero impresionismo nació con Whistler y con su **nocturno**, famoso, de la bahía de Valparaíso, pintado en 1866, de noche, en esa bahía.

Se sabe que Whistler pintó cinco cuadros de la bahía o del puerto. Estos cuadros están en los principales museos de Londres y Estados Unidos, y son considerados como obras maestras del gran pintor.

Hubo muchos pintores viajeros de muchas nacionalidades que pintaron el puerto, algunos muy extraordinarios, pero creo que es más importante que señalemos la eclosión que surgió entre 1884 y 1900 entre los pintores chilenos.

Se dio el caso de que Juan Francisco González fuera nombrado profesor de dibujo del "Liceo de Valparaíso", por don Eduardo de la Barra. Otro pintor muy notable, hijo de un fotógrafo, Alfredo Helsby, también deambulaba pintando y estudiaba en forma genial el color, que fue lo que siempre lo sedujo. Los dos fueron amigos; con los años tuvieron desavenencias, pero la influencia fue mutua y de gran beneficio, aun cuando sus obras son distintas.

Llegó en esos años, ya después de la revolución de 1891, Alfredo Valenzuela Puelma, quien se hizo cargo de las exposiciones de pintura en el "Teatro de la Victoria", el segundo que existía en Valparaíso, pues el primero se había quemado en un incendio en 1878.

En ese teatro se celebraron las más grandes exposiciones que hubo en Chile, muy superiores a las de Santiago; hecho éste reconocido por todos los pintores, quienes, desde la capital acudían a competir con los pintores de Valparaíso. Los tres más grandes que sobresalieron fueron Valenzuela Puelma con su famoso cuadro "La perla del mercader de esclavas"; Juan Francisco González, con un retrato de "Don Francisco Javier Riesco", y Pedro Lira, que obtuvo el tercer premio. Fue la famosa exposición de 1896.

El otro pintor que comenzó a destacarse en esa época, en forma preponderante, fue un inglés, Thomas Somerscales. Había llegado a Valparaíso y fue contratado por los dueños del "Colegio Mac Kay". Era profesor de dibujo y como era hijo de un armador, desde muy niño había pintado los barcos con una minuciosidad extraordinaria; a esto unía un gran sentido del color y grandes condiciones artísticas. Poco a poco comenzó a pintar en cartones chicos del natural; su obra fue siendo cada día más admirada, y después de la guerra de 1879 inmortalizó los hechos gloriosos de aquel momento tan culminante en la historia de Chile. Pero no fue solamente Somerscales un pintor, como creen algunos, de marinas, sino además un gran paisajista. Dentro de este tema se inclinó mucho, así como en sus marinas espontáneas, al impresionismo. Es considerado en Inglaterra co-

mo un gran marinista, y un cuadro suyo, "Valparaíso", está en el Museo Naval de Londres.

Hubo muchos pintores, discípulos unos de Juan Francisco, otros de Somerscales, y otros enemigos de ambos. El ambiente era propicio a la pintura, la obra realizada fue muy grande, y aun cuando ella no se ha conservado en su integridad, por los terremotos, por los incendios, o porque muchos cuadros han emigrado, por desgracia, al extranjero, y otros se han destruido por la ignorancia y la incultura de mucha gente, el hecho es que se conserva de esta época de la pintura del Valparaíso del siglo XIX, un gran número de obras maestras.

Es necesario decir que entre todos estos pintores, la mujer que se destacó con mayor talento y que hoy ocupa tal vez el primer lugar entre las pintoras de Chile, está la famosa discípula de Juan Francisco González, Celia Castro, quien obtuviera tercera medalla en el Gran Salón de París.

3. La Pintura en Valparaíso, en el siglo XX.

El terrible terremoto del año 1906 destruyó gran parte de la ciudad de Valparaíso. El segundo Teatro de la Victoria, situado en la actual Plaza de la Victoria, frente a la Biblioteca Severin, como el primero (que se quemara y que estuvo ubicado en el lugar que ocupa la biblioteca), cayó destrozado por el sismo. Se salvaron algunas contadas obras. Ahí se celebraban las famosas exposiciones organizadas por Alfredo Valenzuela Puelma, quien muere loco en París, y abandonado.

El terremoto cambió la mentalidad del porteño. Los pintores aparecen retratados por Pezoa Véliz en el "Pintor Pereza". La gente deseaba gozar del momento fugitivo. Todo parecía efímero, el tiempo debía ser aprovechado rápida y felizmente. Un vértigo de sexualidad se apoderó de la juventud, deseosa de calmar el pánico interior.

En el año 1919 ya hay grupos organizados de pintores. Por fin llega Carlos Alegría, quien abre una academia en la biblioteca. Alegría, discípulo de Aman Jean, había triunfado en París por su talento. Una serie de desgracias persiguieron a este notable pintor chileno y lo obligaron a abandonar su obra.

Surgían valores jóvenes: Camilo Mori y Carlos Lusted se destacaban. El primero realizó una gran labor en beneficio de la pintura en Valparaíso. Otro pintor, que había sido vecino de Mori en el cerro Bellavista, era Julio Fossa Calderón, quien vivía en París, donde obtuvo la primera medalla en

la Sociedad de Artistas Franceses. Se destacaban Jarvis, Ramos Catalán, Florencio Vial, Carlos Vidal, Grosmacht, entre otros. Llegó entonces de Europa, pues su marido había fallecido, la famosa Celia Castro, que era porteña. Encontró olvido y desolación. Acudió donde su maestro Juan Francisco, quien le recomendó a un alumno suyo dotado de gran talento, Roko Matjasic, quien se había trasladado a Valparaíso.

Celia Castro vivió primero en el Salto, donde hacía clases de pintura a Chela Lira y a René Tornero. Pronto enfermó gravemente y murió abandonada en una pensión de la calle Arlegui, acompañada solamente de sus discípulos y de una antigua y fiel servidora de la familia. Antes de morir recomendó a Chela Lira que siguiera estudiando con Roko Matjasic, que según su opinión era el pintor de más valor. Esto trajo grandes consecuencias. Los pintores se agruparon al lado de Roko, entre ellos Chela Lira. Estaban Jim Mendoza, un modesto obrero del Hospital Deformes, que reveló un gran talento desde su primera obra; René Tornero, Berchenco, Lunsted formaban parte del grupo, al cual se añadieron otros. Esta generación de pintores llamada del año 1930 produjo obras de gran valor y un nuevo resurgir de la pintura en el puerto, que se tornó más original. Roko vivía en un cerro. El abismo que él adoraba lo rodeaba por todas partes. Hacía viajes de aventuras, con Chela, a Laguna Verde, por la costa, con su hijita en la espalda. Le gustaba desafiar el peligro y de ello fue víctima fatal, algunos años más tarde, al perecer en el roquerío de los Piqueros en el camino a Con-Con, donde había ido a mariscar.

En el año 1930 surgieron en Viña del Mar los famosos Talleres Libres que funcionaban en el Casino Municipal. Ahí destaca en primer plano la vigorosa personalidad de Arturo Gordon, que realizó en Viña del Mar y Valparaíso una apreciable obra. Se adquirió después la Quinta Vergara, donde se organizó la primera escuela de pintura en esa ciudad. Gordon, Abarca y Roko Matjasic fueron los principales profesores de pintura. Mientras tanto, en un cerro escondido, vivía Pedro Celedón. Genial dibujante, era casi imposible verle. Blanca Luz era amiga suya y Chela Lira. Entre los pintores, Carlos Hermosilla, un personaje notable, artista cien por ciento, quien creara la escuela de grabado en Viña del Mar, que adquirió renombre internacional, fue también su amigo. Celedón quemó su obra y parece que se suicidó.

Sin entrar en detalles, muy interesantes para la historia, diremos que son dos los pintores que se destacan por el resultado de su obra. Uno, Carlos Faz, muerto prematuramente a los 21 años, en forma trágica, reveló los destellos del genio; y otro, Alvaro Guevara Reimers, quien realizara principalmente en Europa una admirable labor. Se le acaba de rendir un gran

homenaje en Londres, en una exposición retrospectiva de su obra casi desconocida en Chile. Son muchos más los heroicos seguidores de una tradición de dignidad, de entrega absoluta, de desinterés por el arte de la pintura, en Valparaíso.

Merecen mucho más que un recuerdo.